

“No soy optimista, pero conservo las esperanzas”

◀ “Necesitas una macroeconomía estable para tener la posibilidad de mirar más allá de los próximos seis meses, pero tenés que conseguir mirar un poco más allá de ese umbral para tener una macro estable y salir de la volatilidad que observamos recurrentemente. Es algo circular, y no será fácil”, dice Guillermo Rozenwurcel en diálogo con *El Economista*. Además de repasar las grandes tendencias que moldearon el desempeño económico argentino en los últimos dos siglos, deja una receta hacia adelante. “Debemos pensar de qué manera los recursos naturales pueden apalancar el desarrollo de otras actividades, promoviendo la expansión de actividades manufactureras y también de servicios”, señala.

A pocos días de cumplidos 200 años de independencia. Prima una mirada negativa, y algo nostálgica y melancólica con lo que podríamos haber sido o, incluso, con lo que fuimos pero dejamos de ser. ¿Usted comparte esa visión o tiene una mirada más compasiva con nuestros primeros dos siglos?

No pasa por un calificativo favorable o desfavorable sino por un análisis que pretenda entender las causas de la trayectoria de nuestra sociedad tanto de los avances como los retrocesos y lo que se puede hacer de ahora en adelante. Existió, desde algún momento de fin del Siglo XIX, una vez consolidada la unificación territorial, política y económica del país, una elite dirigente con una visión estratégica y una mirada de largo plazo, aunque eso no quiera decir que había unanimidad ni coincidencia absoluta, y por supuesto existían conflictos y debates, pero en ese marco se fue llevando adelante un proyecto capaz de hacer de Argentina una de las economías y sociedades avanzadas de fines del Siglo XIX y principios del Siglo XX no solo en términos de la economía mundial sino también como una sociedad atractiva para flujos continuos muy importantes de inmigrantes que veían en esta sociedad la posibilidad de una mejora en su calidad de vida. Era una sociedad caracterizada por una fuerte movilidad social y por la capacidad que tuvo de integrar constructivamente a sectores sociales de muy diversa procedencia geográfica, étnica, religiosa, a tra-



vés del acceso sin restricciones a la educación pública. Por supuesto, esas élites no estuvieron demasiado dispuestas a compartir el poder y extender la democracia, de hecho eso fue lo que motivó la emergencia del radicalismo como partido representativo de las clases medias, y la aparición de movimiento sindicales que comenzaron a plantear la cuestión social largamente desatendida. No fue sencilla la actuación de los movimientos sociales, hubo mucha resistencia de los sectores políticos y económicos dominantes, pero a pesar de eso, también la democracia y la participación de sectores sociales más amplios fue extendiéndose progresivamente.

En ese período, además, convivieron el campo y la industria...

Durante ese período ascendente el motor del desarrollo fue la producción primaria, agrícola con orientación exportadora, que pese a lo que suele afirmarse no resultó un impedimento absoluto para que progresivamente fueran surgiendo un conjunto de actividades industriales capaces de proveer al mercado interno de bienes manufacturados. De hecho, bajo la presidencia de Marcelo T. Alvear, Argentina tenía un sector industrial significativo. Por supuesto existían fuertes conflictos

““

Existió, desde algún momento de fin del Siglo XIX, una elite con una visión estratégica y una mirada de largo plazo

““

La estrategia sustitutiva se desinteresó de la suerte de las actividades agrícolas de más productividad

de intereses, pero la idea de que no era posible compatibilizar la expansión agroindustrial con la actividad manufacturera es una visión sesgada. Por supuesto ello fue factible en buena medida por las consecuencias internacionales de la Primera Guerra Mundial pero, a diferencia de otros países periféricos, en Argentina existieron actores que pudieron aprovechar esa situación.

Luego vino la famosa industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI)...

La industrialización sustitutiva posterior fue inicialmente consecuencia de circunstancias exógenas más que una estrategia premeditada. Durante los '30, con Federico Pinedo y Raúl Prebisch, hubo una serie de cabezas importantes que pensaron en transformaciones acordes a las circunstancias. Si bien el retroceso económico fue significativo, Argentina ya en los '40 había sorteado lo peor de esa crisis. Pero tal vez por la memoria del espectacular desempeño económico y social de la edad de oro argentina, las élites políticas y económicas de esa época mantuvieron la ilusión de que una vez superada la crisis resultaría posible volver al país del centenario. Pero tanto el mundo como el país habían cambiado irreversiblemente, y esa ilusión dificultó el tránsito a una nueva estrategia de desarrollo. De ese modo, la industrialización sustitutiva y la incorporación de pleno derecho de los migrantes internos a la ciudadanía se llevó a cabo en el marco de un fuerte conflicto con las viejas élites y las actividades agroexportadoras, abriendo una brecha social, económica y política que aún no se ha cerrado.

Allí, campo e industria se habían divorciado...

La estrategia sustitutiva de industrialización se desinteresó de la suerte de las actividades agrícolas de mayor productividad, se financió con las rentas generadas por ese sector y fue haciendo a la economía cada vez menos competitiva internacionalmente y, consecuentemente, cada vez más cerrada. Aunque la acumulación de capital precedente permitió mantener una movilidad social significativa y una clase media inexistente en el resto de América Latina hasta fines de los '60, la conflictividad suscitada en torno a la distribución de los ingresos fue en crecimiento, el desempeño económico se volvió cada vez más dependiente de la disponibilidad de divisas y, por ende, más volátil, y la lucha política cada vez más facciosa. A inicios de los '70, ya era evidente que el modelo de industrialización sustitutiva con fuerte presencia estatal era insostenible. La inestabilidad política se transformó en violencia abierta y la volatilidad económica se hizo cada vez más aguda, transformando los ciclos de stop and go (caracterizados por desbordes inflacionarios y/o crisis de sobreendeudamiento externo y fiscal recurrentes) al tiempo que buena parte de los principales indicadores de crecimiento económico y desarrollo humano comenzaron a exhibir una tendencia de largo plazo francamente declinante. El mito de un pasado de riqueza y prosperidad, que algunos ubicaban en la Argentina del centenario y otros en la Argentina peronista, fijó la conflictividad social en el pasado en vez de proyectarla constructivamente hacia el futuro. En una suerte de juego de suma cero (o más bien negativa) cada grupo pretendía recuperar lo “perdido” que “otros” le habían arrebatado, sin percibir que si ese mítico pasado alguna vez existió, era irrecuperable.

Luego vino la democracia, pero la performance económica siguió siendo subóptima...

Aunque con el advenimiento de la democracia la violencia política desapareció, la inestabilidad política, la volatilidad económica de corto plazo y la tendencia declinante de largo plazo que caracterizaron, años más años menos, las últimas cinco décadas de nuestra historia en las que se sucedieron gobiernos de muy diferente signo que aún perduran. Y eso a pesar de que la Ar-

gentina ensayó estrategias de desarrollo muy diferentes: en algunos casos basadas en la liberalización irrestricta con endeudamiento, en otros en sostener tipos de cambio altos y "competitivos", también con miradas muy diferentes sobre el rol del Estado y, sin embargo, los ciclos de crash and go de este último medio siglo tuvieron características sorprendentemente similares y a lo largo de todo este tiempo la trayectoria declinante de la economía persistió. Así ocurrió con el período que culminó a mediados de los '70 en el rodríguez, con la hiperinflación que concluyó el ciclo más complicado de Argentina en una primera parte ligada a la dictadura "procesista" y luego a la transición democrática, algo similar ocurrió con el menemismo y luego también con el kirchnerismo.

Hemos probado de todo y, sin embargo, nada sirvió más allá del corto plazo. ¿Por qué?

Está claro que la explicación de estas similitudes no puede estar en la naturaleza de las diferentes estrategias de desarrollo ensayadas sino en dos factores que van más allá de cada estrategia. Por un lado, nuestra incapacidad para proyectarnos como sociedad más allá de un plazo muy corto, esto fue marcado y acentuado, pero todos sabemos que el horizonte de decisión financiero, etcétera, se fue achicando cada vez más. Por el otro, lo errático de nuestro relacionamiento con el

mundo, política y económicamente, que nos llevaron desde tentativas de autarquía extrema sencillamente inviables porque la economía argentina necesita importar y, por lo tanto, generar divisas, no puede producir sin insumos importados, al extremo opuesto: si la autarquía era perniciosa, entonces lo que correspondía era una integración irrestricta tanto comercial como financiera. Este péndulo permanente de un extremo a otro llevó a que Argentina nunca encontrara su lugar en la economía global.

Y eso que el mundo ayudó, y mucho, en los 2000...

Esto se acentuó durante el período kirchnerista, con el agravante de que tuvimos una oportunidad única para romper con este medio siglo de declinación si hubiéramos aprovechado razonablemente la espectacular bonanza externa que atravesamos. En cambio, el kirchnerismo pretendió que un Estado feroz dirigiese la economía subordinando a la iniciativa privada, redistribuyendo por decreto, cebando la bomba del consumo de bienes privados y desentendiéndose de la inversión y la provisión de bienes públicos, despreocupándose del futuro y orientándose en materia de relaciones internacionales por la idea voluntarista de que estábamos en condiciones de imponer de qué queríamos vincularnos con la economía globalizada.

A la hora de observar lecciones sobre los países que se han desarrollado en las últimas décadas, ¿qué podemos incorporar y qué no, pues el país tiene sus particularidades?

No hay una receta universal que pueda ser aplicada en todas partes. Creo, por un lado, que no tenemos que mirar como miramos en algún momento el desarrollo de las economías del sudeste asiático como modelo. Esa trayectoria no está disponible para Argentina. El sentido común sugiere que el camino inevitable del desarrollo pasa por la industrialización primero apoyada en bajos costos laborales, después en el crecimiento de la productividad y llegando finalmente a la transformación de una estructura con un fuerte peso industrial a una economía posindustrial basada en la combinación de actividades manufactureras y de servicios de avanzada tecnología. Esa es la trayectoria que siguieron las economías de desarrollo temprano, y las que parecen estar replicando las economías del sudeste asiático y que es esperable que recorra China. Pero nosotros no podemos reindustrializarnos sobre la base de costos laborales bajos porque por la experiencia del principio del Siglo XX, por el peronismo, por la organización sindical y la movilización social, hay un piso de ingresos que esta sociedad no puede perforar hacia abajo. De hecho, esta resistencia también afecta el corto

669

Necesitas una macroeconomía estable para tener la posibilidad de mirar más allá de los próximos 6 meses

plazo, como lo refleja actualmente la dificultad que enfrenta la política económica de este Gobierno para llevar a cabo el ajuste. Dado que es preciso adaptarse a esa resistencia, el Gobierno enfrenta dificultades para avanzar en el ajuste fiscal y para mejorar la competitividad cambiaria. Dado que la industrialización a toda costa no es el rumbo, Argentina haría muy mal, como hizo durante mucho tiempo, en ignorar sus ventajas competitivas reveladas, que están apoyadas en los recursos naturales y especialmente en el sector agropecuario. No se trata de que la economía argentina se tiene que limitar a estos sectores, pero sí debemos pensar de qué manera estos sectores pueden apalancar el desarrollo de otras actividades, promoviendo la expansión de actividades manufactureras y también de servicios. No hay que esperar a completar el ciclo de industrialización para promover las actividades posindustriales. Está claro, sin embargo, que al mismo

tiempo debe asegurarse el empleo de los que no sean reclutados por estas actividades. Si uno ve otras experiencias en el mundo, observa que esto es posible, que los recursos naturales pueden ser una bendición y no necesariamente una maldición. Pero, claro, para eso se necesita un Estado inteligente, capaz de usar apropiadamente las rentas de esos recursos para proveer servicios públicos de calidad, por ejemplo y no desfilafarrarlas en consumo presente.

¿Una macro estable es una precondición para esa agenda?

Necesitas una macroeconomía estable para tener la posibilidad de mirar más allá de los próximos seis meses, pero tenés que conseguir mirar un poco más allá de ese umbral para tener una macro estable y salir de la volatilidad que observamos recurrentemente. Es algo circular, y no será fácil. Estamos entrampados en un mal equilibrio hace décadas, y necesitamos, para salir, grandes transformaciones y eso es complicado. Hay que generar acuerdos amplios, precisamos liderazgos que sacrifiquen sus objetivos de corto plazo, estadísticas, transparencia y muchas cosas que no están. Falta mucho, pero hay que hacerlo porque no hay atajos. No somos un caso especial ni tenemos una tara exclusiva. Optimista no soy porque la historia no da para eso. Pero conservo las esperanzas.